

**ESTEBAN  
NAVARRO**

A person wearing a dark, heavy winter coat is shown from the chest up, with their hands covering their face. They are standing in a snowy environment, with snowflakes falling around them. The background is a blurred city street at night with warm lights.

**EL ALTRUISTA**

A close-up view of a wooden plank floor, showing the grain and texture of the wood. The planks are arranged in a perspective that leads towards the center of the frame.

En el año 1995, la Policía Nacional de Barcelona se enfrenta a una cadena de accidentes y suicidios, que tienen la particularidad de ocurrir en terrazas de edificios donde los fallecidos no vivían. Esas muertes, en un principio inconexas, llevan de cabeza al Grupo 3 de Homicidios, dirigido por el inspector Bellido y la subinspectora Mónica. Con el inminente despliegue de la Policía Autonómica, las vacaciones del mes de agosto a la vuelta de la esquina, los cada vez más precarios recursos económicos de la Policía Nacional y la acumulación de casos, seguir la pista de esas muertes, aparentemente fortuitas, se convierte en un auténtico suplicio para los investigadores. Pero la mayor sorpresa de la policía sucede cuando, recopilando los datos, comprueban que todas esas muertes se producen en el mismo día de la semana: el jueves. Y que entre un hecho y otro suelen pasar entre cinco o seis meses. Y en todos los casos, siempre hay un testigo que dice haber visto a la víctima en compañía de alguien que nunca han podido reconocer.

## Índice

Advertencia

1. Primer domingo de agosto
2. El crimen de la calle Paloma
3. Grupo 3 de Homicidios
4. Las amigas
5. Sofía y Minerva
6. La tienda de Avenida Diagonal
7. Inspector Bellido
8. Engracia Rodríguez
9. No es un accidente
10. Vanesa
11. El crimen más grave
12. La anciana de la calle Diputación
13. Hay que buscar muertes similares
14. Antonio Durán
15. Sábado por la noche
16. Último lunes del mes de julio

17. Reparto de tareas
18. Lixue
19. ¿Tres? ¿Qué tres?
20. La muerte número cuatro
21. El hacha y el martillo
22. Calle Pau Alsina
23. Los jueves
24. Número 40
25. Gustavo Jiménez
26. La muerta de la curva
27. Beneficentia
28. Se acercan las vacaciones
29. Bellido se ha vuelto loco
30. La niña de la fábrica
31. La decisión de Mónica
32. Mataró
33. Jordi y Graziella
34. Lidia
35. Asuntos Internos
36. José Casado

37. Despedida
  38. Carolina
  39. La niña del ascensor
  40. Carolina Moreno
  41. Brigada Provincial de Información
  42. Extranjería
  43. Bellido, no estás loco
  44. Julián Lanzarote
  45. El hombre propone...
  46. ...Y Dios dispone
  47. Sin pedir nada a cambio
  48. Los caminos del Señor son inescrutables
  49. La chica de los dedos largos
  50. Al día siguiente no murió nadie
  51. El fin de algo
  52. Después del entierro
  53. De buenos y malos
  54. El altruista
- Nota del autor

*A Ester, que me comprende  
A Raúl, que me tolera  
A Rufus, que me mima*

«Como todas las guerras,  
personales o a gran escala,  
aquel era un juego de marionetas».

CARLOS RUIZ ZAFÓN, *La sombra del viento*.

## Advertencia

Los lugares que aparecen en esta novela están inspirados, con libertad creativa, en lugares reales. Algún personaje, y algunos hechos narrados, se inspiran en sucesos reales, pero con la misma libertad en su recreación. Esta novela ha de considerarse, en todos los casos, fruto de la invención del novelista, y no debe ni inducir ni atribuir conductas, acciones o palabras a ninguna persona real.



## 1. Primer domingo de agosto

«Dicen que cuando disfrutas de la vida, el tiempo vuela».  
*La viajera del tiempo, Lorena Franco.*

—Dime, Mónica —le pregunta Raquel, nada más descolgar el teléfono—. ¿Qué ocurre?

—¿Estás disponible?

—Sí. Sí —responde Raquel, algo confusa—. Hoy es domingo, y no tenía pensado salir. Ya he salido todo el fin de semana y ahora no me apetece.

—Necesito hablar con alguien —le dice la subinspectora, susurrando, como si temiera hablar más alto y que pudieran escucharla—. Y no sé a quién recurrir.

—Joder, tía. ¿Dónde estás? —le pregunta Raquel, al detectar en su tono de voz que el asunto es grave.

—En mi piso, acabo de llegar ahora mismo —responde Mónica—. Fíjate si estoy asustada, que he cerrado la puerta con doble vuelta de llave y he bajado todas las persianas.

—¿Estás sola o con un rollo de fin de semana? —le vuelve a preguntar Raquel, pensando que la subinspectora le está tomando el pelo.

—Esto es serio, compañera. No estoy de cachondeo y necesito contarte algo con urgencia.

—Escucha —le dice Raquel, al comprobar que está muy nerviosa—, no te muevas de ahí, voy enseguida. No te muevas de tu piso que llego en unos minutos.

—No. No —profiere Mónica—. No es bueno que nos veamos en mi piso. Ni en el tuyo —añade—. Tenemos que

vernos en un lugar neutral. Y ni se te ocurra pensar en algún bar.

—Joder, tía. Me estás asustando de verdad.

—No quiero meterte en un lío —le dice Mónica, perdiendo la voz por los nervios.

—No me metes en ningún lío —rebate Raquel—. Somos amigas, ¿no? Y las amigas están para ayudarse en los momentos difíciles.

—Sabes, al final Bellido tenía razón.

—¿De qué hablas?

—De las cinco muertes.

—¿Los accidentes? ¿Aún estás con eso?

—No he podido pensar en otra cosa este fin de semana. Bellido siempre me ha parecido un inspector formidable. Taciturno, serio, pero en el fondo, los que lo conocemos, sabemos que es un investigador formal, y riguroso. Tanto tiempo insistiendo sobre lo mismo, y nosotros sin hacerle caso, pensando que se había vuelto loco. Que todo lo que decía solo estaba en su cabeza y que no podía ser real. Pues lo es, Raquel, créeme que lo es.

—Mónica, tranquilízate, por favor. Te percibo muy nerviosa. Estos últimos casos te están pasando factura. Nunca hemos pensado que Bellido estuviese loco, solo que se desbordó por el exceso de trabajo. Lo mismo que te está ocurriendo a ti, ahora. Estás histérica. Quizá deberías haber cogido tú las vacaciones de agosto, en vez de Carlos y Javier. Necesitas no solo descansar, sino desconectar. Recuerda que esto solo es un trabajo, nada más. No tiene que irnos la vida en ello. Tenemos que hacer como los asalariados que se van de la fábrica en cuanto suena la sirena, y dejan todo tal y como estaba, hasta el día siguiente, cuando enganchan de nuevo. Ya te dije que no es bueno llevarse el trabajo a casa. Y eso es lo que has hecho tú este fin de semana.

—¿Recuerdas que Bellido nos decía que las muertes estaban conectadas de alguna manera? —vuelve a preguntar

con insistencia—. ¿Lo recuerdas?

—Sí, Mónica.

—El policía local de Mataró, la niña de la calle México, el jubilado de la plaza Lesseps, la anciana de la calle Diputación y las lesbianas de la calle Paloma. ¡Dios! Cómo no me di cuenta antes. Hice que apartaran a Bellido del caso, acusándolo de demente, cuando él sabía que esas muertes tenían una relación entre ellas. Lo sabía, Raquel. Lo sabía, y yo no le hice caso.

La subinspectora se echa a llorar.

—Escucha, Mónica. No te muevas de tu piso. Por lo que más quieras, no te muevas que voy enseguida para allá.

—Sí, mejor ven ahora. Porque tengo que contarte lo que he averiguado.

—¿Qué has averiguado, Mónica? ¿Qué está ocurriendo?

La llamada se interrumpe y Raquel coge su bolso, con la pistola dentro, y sale por la puerta de su piso.

—¿A dónde vas? —le pregunta desde la cama, el chico con el que ha pasado la noche.

—A ayudar a una compañera —responde, cerrando la puerta.

## 2. El crimen de la calle Paloma

«No te veo jugando al fútbol a tu edad».

*La Nena, Carmen Mola.*

Un ciclomotor de color blanco, de la marca Piaggio, circula despacio por la barcelonesa calle Muntaner. Lo conduce una chica joven, de veintiocho años, cuya falda corta vuela descubriendo unas piernas bronceadas, terminadas en unas deportivas de color azul. Se detiene en el semáforo del cruce con la calle Laforja, donde en ese instante atraviesan cuatro personas sobre el paso de cebra: dos hombres con traje, una señora que arrastra un carro de la compra y un chico joven, con las dos manos dentro de los bolsillos de su pantalón vaquero. Al lado del ciclomotor se detiene un Citroen BX, de color rojo. Su conductor, un sesentón de gafas oscuras, observa a la chica con descaro, a través de la ventanilla bajada del coche, mientras una columna de humo surge del cigarrillo que apresa en los dedos amarillentos de su mano izquierda. Piensa que esa chica es realmente hermosa, y que tiene unas piernas preciosas, mientras la melena rubia sobresale por detrás del casco de color blanco, haciendo juego con el ciclomotor. La observa con tanta desfachatez, que hasta la chica se ha dado cuenta, y desfrena el ciclomotor para desplazarse un par de metros hacia abajo, para salir del ángulo de visión de ese hombre que no le quita ojo.

En la esquina de enfrente hay un bar, y en la terraza, sentado en una mesa, hay un único cliente, que fuma entretenido. Se trata de un hombre alto, atractivo, ni grueso ni

delgado, de unos cincuenta años. Sus ojos oscuros se mueven rápido, repartiendo la mirada entre el periódico que hay sobre la mesa, y el tráfico rodado que circula deprisa por la calle. De vez en cuando mira hacia arriba, protegiendo los ojos del sol con una visera improvisada de su mano derecha.

Nadie de los que están en esos momentos en el cruce, ni los cuatro peatones que caminan apresurados antes de que el semáforo se ponga en rojo, ni el conductor del BX, ni la dependienta que está arreglando el escaparate de una tienda de moda femenina que hay en la esquina, ni el hombre que fuma impassible en la terraza del bar, conocen la vida de la conductora del Piaggio. Desconocen que se llama Aroa Suárez. Que nació en Hospitalet de Llobregat. Que trabaja en Barcelona, en una tienda de moda de la Avenida Diagonal. Que tuvo un novio que se llamaba Sergio, con el que estuvieron a punto de casarse. Que lo dejó porque se enamoró de una compañera del instituto, a la que volvió a ver después de una década, y con la que inició una tórrida relación amorosa. Esa chica, Sofía Martín, tiene su misma edad, veintiocho, apenas supera el metro cincuenta y cinco de altura. Pero es hermosa, y sobrelleva con coquetería una deformación en la nariz, por culpa de un aparatoso accidente que tuvo cuando tenía quince años. Sofía pasó por una época muy difícil en su vida, al fallecer su padre y su hermano en un accidente de tráfico, pero luego recuperó la felicidad cuando conoció a Aroa y las dos se fueron a vivir a un piso que tiene alquilado Sofía en el barrio de la Verne da, en la calle Menorca. Sofía ha sido durante todo este tiempo la mujer más feliz del mundo, desplomándose noche tras noche entre los brazos nervudos de Aroa. Ha tolerado que su madre le recriminara esa relación, diciéndole continuamente que no le gustaba esa chica. Que no aprobaba esa especie de noviazgo que mantenían las dos, como si fuesen un hombre y una mujer. Como si se tratara de una pareja de toda la vida, a la antigua usanza.

—Esa chica tiene algo que no me gusta —le había repetido ante el enojo de Sofía, que siempre vio la bondad en su amada.

—Pero yo la quiero, mamá —insistía la chica, sin desistir en ningún momento del amor que profesaba hacia Aroa—. Has de aceptar que las dos nos queremos. No me seas carca, mamá. Y comprende que dos mujeres se pueden amar de la misma forma que se amarían un hombre y una mujer.

—Esa chica no te traerá nada bueno. No me gusta, Sofía. No me gusta nada —le decía su madre, con insistencia.

Carolina Moreno, la madre de Sofía, no quería que su hija saliera con Aroa. Y no porque estuviera en contra de la relación entre dos mujeres, como su hija había llegado a insinuar, sino porque no apreciaba a esa chica. La misma chica que ahora está esperando que el semáforo del cruce de la calle Muntaner, con calle Laforja, se ponga en verde.

Aroa no se percata que justo detrás de ella circula un Ford Sierra, de color marrón. Y detrás del Ford hay un Renault 5, de color amarillo. Y detrás del Renault hay un Opel Frontera, de color azul. El conductor del Opel Frontera es un chico joven, de no más de veintiocho años, al que unas enormes gafas oscuras le cubren la totalidad de un rostro alargado, cuya huesuda mandíbula finaliza en una perilla perfectamente recortada. Lleva la ventanilla bajada, de la que sobresale su codo izquierdo, y no es la primera vez que hace ese trayecto, el mismo que realiza Aroa. De hecho, lo hizo durante toda la semana anterior, desde el lunes que comenzó a seguir a la chica del Piaggio, desde la tienda de moda de la Diagonal, hasta la calle Paloma.

Aroa se desplaza hasta la calle Paloma porque está saliendo actualmente con Minerva Cifuentes, una atractiva catalana que trabaja a tiempo parcial en un bufé de abogados de la Ronda San Antonio. Aroa y Minerva se conocieron hace unos meses, desde que cortó con Sofía, aunque la madre de Sofía cree que ya se conocían de antes, y por eso dejó a su hija. Las dos se gustaron enseguida, aquella no-

che que cruzaron sus miradas en un garito del Centro Comercial Maremagnum. Era el mes de mayo, y Sofía se tuvo que quedar en la cama, aquejada de una terrible gripe que la dejó postrada.

—No te quedes aquí, conmigo —le dijo, animándola para que saliera con alguna de sus amigas—. Yo estaré bien.

Aroa no quería dejar sola a Sofía, porque se sentía culpable de que estuviese en la cama, enferma, y ella saliera de marcha por la zona del puerto viejo de Barcelona. Pero finalmente se animó, como le correspondía a un sábado de finales de la primavera, y quedó con dos amigas comunes, y se fueron a la zona del puerto.

Minerva estaba con un grupo de amigas, y las dos se juntaron en la barra, donde habían ido a pedir las consumiciones de sus respectivas amistades.

—¿Nos conocemos? —le preguntó Minerva, mientras cogía con las dos manos, como podía, tres vasos de cubalibre de la barra.

—¿Eres de Barcelona? —le preguntó Aroa.

—Hasta la médula —le dijo Minerva, como respuesta.

—Pues entonces, probablemente sí.

Minerva entregó los cubatas a sus amigas, y Aroa hizo lo mismo con las chicas que la habían acompañado, y las dos se pusieron a conversar en la barra. Se intercambiaron los números de teléfono, y en unos días quedaron para cenar, las dos solas. Después de esa primera cena, en la que Aroa mintió a Sofía, y le dijo que se iba a visitar a su madre enferma, en Girona, las dos se fueron de copas a un bar de la calle Balmes, y se encamaron en un estudio que tiene alquilado Minerva en la calle Paloma. Minerva podía aspirar a algo más, con su sueldo, pero le complace vivir en esa de pauperada zona de la Barcelona más oscura, donde adquirir una papelina, es tan sencillo como bajar a la primera planta y llamar a la puerta. O cruzar a la acera de enfrente. O salir a la primera esquina y esperar a que alguien de al-